

Un diccionario de nieve

Escrito por Juan Scaliter / Ilustrado por Laufer

Al contrario de lo que ocurría con el resto de sus compañeros de clase, a Wilson Bentley no le gustaba el verano. Él miraba a través de la ventana de la pequeña escuela sin poder esperar a que llegara el invierno.

Los demás apuraban los últimos días de sol en aquel pueblo del norte, jugando al aire libre, mientras Wilson se dedicaba a hibernar en verano, acumulando energías para enfrentarse a las tormentas blancas, las nubes cargadas de regalos y las cartas que para él, y solo para él, le enviaba la nieve desde lo alto del cielo.

Entonces, cuando finalmente llegaba el invierno y todos se encerraban tras las paredes de sus casas, Wilson se hacía dueño del bosque. Y viceversa.





El niño volvía a su casa con trozos de cortezas en el cabello, restos de hierba en la ropa y cristales de hielo en los ojos. Nadie podía evitar que Wilson saliera al bosque en invierno. Nadie ni nada.

El objetivo de Wilson era muy claro: quería construir un diccionario de nieve. Él fue uno de los primeros en descubrir que la palabra no era la única forma de comunicarse, ni siquiera las imágenes. Había decenas de formas de entablar un diálogo y Wilson quería hacerlo con el invierno. Pero para ello debía saber qué significaba cada copo de nieve, porque Wilson Bentley estaba convencido que todos los copos de nieve eran distintos y que cada uno significaba algo.





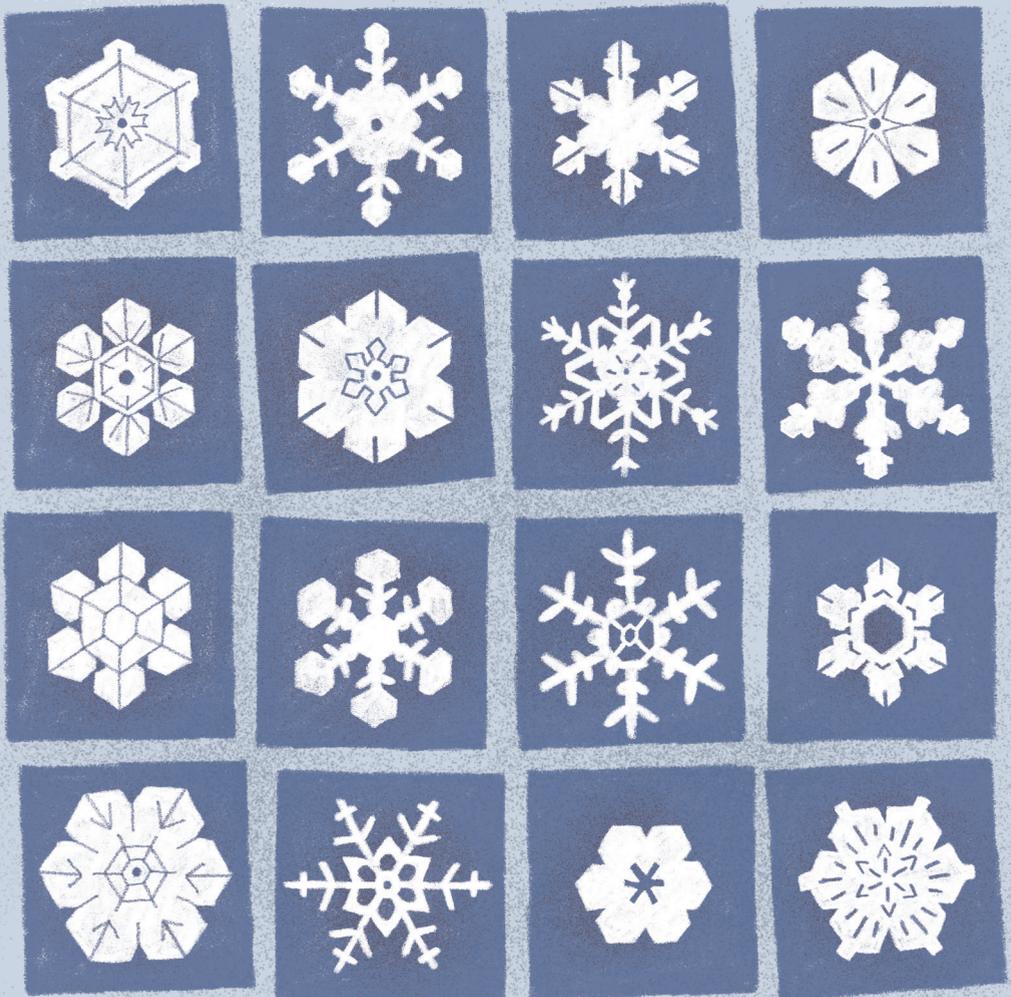
La primera parte era sencilla. Iba al bosque en plena nevada y recogía los copos con las manos desnudas y ateridas, pues si lo hubiera hecho con guantes se hubieran derretido. Entonces, todavía fuera, ponía los copos bajo el microscopio y los miraba en detalle. Y sí, era cierto: todos ellos eran distintos.

Wilson Bentley fue el primero en escuchar la voz del invierno, pero no se lo podía contar a nadie más. No lograba hacer que el invierno hablara delante de otros porque a los pocos minutos desaparecía.



Fue entonces cuando se le ocurrió algo que nadie había pensado hasta entonces. Poco antes de nacer él se habían inventado las primeras cámaras de fotos: unos muelles largos y de tela negra que pesaban casi más que el propio Wilson. A él no le importó ni el peso ni el tamaño y se las ingenió para unirlo a un microscopio que su madre le había regalado. Fue la primera persona en el mundo que consiguió esto. Wilson Bentley fue el primero que logró grabar la voz del invierno con imágenes, retratando cinco mil copos de nieve. Todos ellos distintos. No había uno que fuera parecido a otro. Aunque fueran hermanos, ya que todos ellos compartían una forma hexagonal.

¿Cómo es posible esto? Obviamente, nadie ha controlado todos los copos de nieve que han caído en la historia para saber si son distintos. Pero sí sabemos cómo son las moléculas de agua, el esqueleto de los copos de nieve. El agua está formada por un átomo de oxígeno y dos de hidrógeno (por eso es H_2O), todas son iguales, ¿no? Pues no tanto. Una de cada cinco mil moléculas de agua contiene un átomo de deuterio en lugar de uno de hidrógeno, y una de cada quinientas se forman con un isótopo de oxígeno que tendrá un átomo de oxígeno 18. Por lo tanto, si en promedio, un cristal de nieve contiene un trillón (sí, un uno seguido de dieciocho ceros) de moléculas de agua, mil billones de esas moléculas serán distintas y la configuración de esos átomos es lo que hará que los copos de nieve tengan diseños tan diferentes.





Si pudieras estudiar un cuatrillón (un uno seguido de veinticuatro ceros) de copos de nieve cada año, deberías pasarte casi toda la historia del universo para tener una muy mínima probabilidad de encontrar dos copos gemelos. Tan baja es la posibilidad que ni vale la pena discutir.

Pasó el tiempo y Wilson Bentley se hizo mayor, aunque nunca a lo largo de su vida dejó de perseguir copos de nieve y de construir su diccionario. Y lo publicó. Se llama *Snow Crystals* y en él, Bentley describe los copos de nieve como «milagros de belleza». Y comenta que cada uno de ellos es una obra maestra del diseño pero cuando el cristal se derrite, el diseño se pierde para siempre.

Un tiempo después, Wilson Bentley también se convirtió en el primero en medir todos los tamaños de las gotas de lluvia y en un pionero en el estudio de la física de las nubes. Hoy, si lo pensamos, Wilson Bentley fue un creador de oficios que a todos nos gustaría tener: fue traductor de copos de nieve y genético de lluvia.

Un niño que estaba destinado a ser granjero cambió por completo su vida y la de millones de personas a las que les permitió «escuchar la nieve». Y todo ello gracias a su deseo por descubrir los misterios de la naturaleza y a su madre, que le regaló un microscopio. Gracias a este regalo y a su constancia y pasión, logró mostrarnos lo que él veía con los ojos desnudos.

Todos tenemos un momento puente en la vida, uno en el que tenemos que decidir si nos lanzamos al río y a lo desconocido o cruzamos por el camino que sí podemos ver. Wilson Bentley —a quien he mencionado hasta el cansancio en este cuento y ya veréis porqué—, se lanzó al río.



Si el nombre de Wilson Bentley aparece mucho en este cuento es a propósito. Todos sabemos que los copos de nieve son diferentes, al igual que sabemos que Saturno tiene anillos, que los terremotos nacen por el movimiento de las placas tectónicas y a qué velocidad va la luz. Pero rara vez sabemos el nombre de esas historias, quién las descubrió. Y allí, detrás de ese nombre, siempre hay un niño o una niña, como tú, que ya de pequeño se hacía preguntas, soñaba con oficios imposibles y creía en los ríos más que en los puentes. Y, a veces, la historia de ese niño o esa niña es más importante que la del hallazgo. Por eso queremos que sepas quién fue Wilson Bentley y que no se te olvide, porque él fue igual que tú. Y entonces te pregunto: ¿qué oficio imposible quieres tener?





PRINCIPIA *kids*

Temporada 5 / Episodio 1

Tienda online: shop.principia.io

Twitter & Instagram: [@Principia_io](https://twitter.com/Principia_io) · Facebook: [Principia.Magazine](https://www.facebook.com/Principia.Magazine)